

De la verdad a la mentira y de esta a aquella¹

(Si la verdad fuese, en todo caso, más clara que la mentira,
resultaría innecesario un coloquio como este)

Carlos Villalba²

El inicio

Entre Verdades y Mentiras, tanto. Entre Verdadillas y Mentirijillas, poco. Entre ciertas conformidades y ciertas disconformidades, menos. Y entre Grandes Verdades y Soberbios Mentirones, demasiado. Lo que de alguna manera deseo expresar es que ambas: la verdad y la mentira son valores relativos, estando como están entre nosotros, con nosotros, perteneciendo a nuestro lenguaje. Corresponden a esos mismos límites que Wittgenstein asignaba, forzosamente, al conjunto de la moral.

La continuación

El mundo conceptual responde a la historia, a las circunstancias. Vive con ellas: y siendo así, la verdad y la mentira no escapan a sus estremecimientos. Son formas de su tiempo y de sus gestos. Únicamente si estuvieran más allá de los acontecimientos serían inmutables.

El tiempo y la sangre pueden aproximar la verdad y la mentira, y hasta romper sus bordes con la gracia, cual lo revelara una bella gitana de cobre y claveles rojos. Exclamaba: “No puedes negar que llevas sangre andaluza en tus venas, porque mientes con salero”. Mentir con donaire, eso es posible,

¹ Ponencia presentada en el XVII Encuentro Psicoanalítico Anual (Caracas, 20/21 de abril de 2012).

² Abogado egresado de la Universidad Central de Venezuela (UCV). Profesor.

como también lo es, de ser veraz, con rabia, con extraña reserva, y desde luego, que, además, con una oscura perversión.

Tomás Moro solía unir la verdad a la simplicidad, a la expresión directa y espontánea, según lo manifiesta en su “Carta a Pedro Egidio”: “Mi exposición, cuanto más se acerque a su descuidada simplicidad, tanto más se aproxima a la verdad...”, e incorpora: “Procuraré con gran cuidado que no haya falsedades en mi libro (...) si algo hubiere de quedar ambiguo, me limitaré a repetir una mentira, pero no a inventarla...” (No dejan de ser curiosas estas palabras en los labios de Moro, dado que acaso, ¿mentir una vez más, renovar la mentira, no es repetir por tanto la invención?).

Esto de la mentira, fácil no es. Y diría que la verdad, en cambio, cuando acontece, incurre en lo mismo que practican todos los que la forjan. La verdad responde a un primer gesto, casi no hay que buscarla. Se la encuentra en el viento. Está allí, tan cerca de la espontaneidad, tan a su vera, que se desliza cómoda y pronta, desde los pensamientos iniciales, y se ofrece cual es sin que haya esfuerzo. Rara vez la verdad se remira: nace pura y completa. Mientras que la mentira se retoca, se le afina la voz, se le ajustan las formas de sentarse o de alzarse. No termina de estar ni de ofrecer sus prendas. Guarda, oculta, y reanuda, lo que fue en lo que es; la mentira no es esto, la mentira es lo otro. Lo que duele el engaño, el recibir el golpe, el mirarlo de frente y descubrir el mal.

Creer, entonces, que la mentira engendra un dolor moderado, y que este, al principio, hasta lo exageramos, con la intención sincera de darnos importancia, y que, después de todo, es que también fingimos una parte de él. Agreguemos un punto todavía. Podríamos ser mejores y fingir, a la inversa, que es menor el dolor y la mentira chica, y que al disimular podríamos enfrentar su falsedad, mostrando, con coraje, que es posible inventar el desdolor.

Algo más

En medio de los hombres el silencio es mentira. El silencio, cuando de ese modo se lo determina, no es lo mismo que el silencio del bosque, del prado o de las cumbres. Los hombres callan, eso es cierto, mas no alcanzan el silencio, aunque así se lo digan o lo pretendan. No hay que equiparar sus palabras suspendidas o aquellas que no terminan de encontrar salida, a ese silencio que precede a la rama que se desprende. Donde hay lenguaje cerca, donde los vocablos respiran –aun cuando no se pronuncien–, el silencio

se abstiene, y es otra la forma como que aparece: la de un mundo expectante, que calla, para hacerse escuchar. Incluido, con los seres humanos, el silencio no se da tal como ocurre en los grandes espacios de la naturaleza. El silencio “humano” simplemente retiene el advenimiento de las palabras, vive rodeado de ellas. Está, justamente, hecho de términos que vienen, y de términos que van, interferidos, sofocados o movilizados por emociones y afectos. Por lo que no es silencio. Así, pues, el callar, que de una manera insolente llamamos silencio, puesto que deseamos apoderarnos de él, es un silencio que miente, que está lejos de ser verdad, que es malicioso, y aun cuando devenga contradictorio, es la contención que se deriva de una cultura dual, de sonidos articulados en miles de ocasiones oídos, unos; y en miles de ocasiones postergados, y en pugna por obtener atención, otros. En tanto que el silencio genuino es absoluto, terrible, grandioso. Con el cual la naturaleza nos humilla. De ninguna manera es esta, minúscula y corriente, abstención de hablar.

Y el final

En cuanto a los “Mentirones”, referidos, en este caso a materias de Seguridad Pública, es conveniente rebatirlos, proponiendo que, para reducir sustancialmente nuestra tasa criminal, se emplee una fórmula propuesta, hace mucho más de mil años, por Confucio. No sería necesario, pues, en tal sentido, desarmar ahora a toda la población, bastaría con desarmar una boca, una sola boca. Y sería aun más aconsejable, que fuese esa misma boca la que, en función del bienestar general, consintiera en desarmarse.